

Calvin Coolidge en La Habana

—• Por Alfredo Prieto •—

*But what's puzzling you
Is the nature of my game.*

MICK JAGGER & KEITH RICHARDS



Durante las tres primeras décadas del siglo xx los presidentes norteamericanos no se caracterizaban por viajar a América Latina, traspasio natural en el contexto de la Doctrina Monroe, pero poblado de situaciones y caracteres que ellos creían conocer por tenerlos similares en el sur de los Estados Unidos, en una zona emblemática por Louisiana y Mississippi, desde entonces entre las más pobres y atrasadas de la Unión y herencia de la economía de plantaciones. La prensa del *mainstream* de la época caracterizaba a los primeros en sintonía con un imaginario compartido, como mismo lo hacía con sus vecinos caribeños y al Sur del Río Bravo: gente de piel oscura, infantil e incivilizada comiendo melones en la vía pública bajo la mirada entre condenatoria y burlona del Tío Sam o de los descendientes del *Mayflower*.¹

En efecto, una revisión sumaria de sus viajes al exterior arroja que entre 1906 y 1920 sus escasas incursiones al subcontinente estuvieron marcadas por intereses estratégicos globales, entre los que despunta a las claras una palabra de cinco letras: Canal. En 1906, Teddy Roosevelt (1901-1909) plantó en Panamá sus propias botas; tres años después, William Taft (1909-1913) se personó en la zona —y luego, en México. Woodrow Wilson (1913-1921) ni siquiera bajó al Sur, pero sí estuvo de la cintura para arriba: dos veces en el Reino Unido, cuatro en Francia, una en Italia, otra en la Ciudad del Vaticano y otra en Bélgica. Para seguir la rima, en 1921 Warren Harding (1921-1923) se dio un salto al Canal. Las otras dos veces que salió del país lo hizo al Reino Unido y Canadá.

El republicano Calvin Coolidge (1923-1929), a cuya administración algunos historiadores conceden un controversial sentido aislacionista, nunca salió del territorio de la Unión excepto para venir a Cuba en 1928 (la otra fue para pasar su luna de miel en Canadá, tan cerca de su Vermont natal que casi no cuenta como un viaje al extranjero). Fue uno de los responsables de que la banana pasara de fruta exótica a presencia cotidiana en los mercados norteamericanos, en gran medida debido a la obra y milagro de la United Fruit Company, la encarnación viva de la civilización y el progreso en América Latina, la misma que en Guatemala construyó carreteras, ferrocarriles y un famoso puerto, pero que, entre otras singularidades en la historia de las llamadas repúblicas bananeras, terminaría por destronar al gobierno nacionalista de Jacobo Arbenz, la gran “amenaza roja” de entonces.

Bajo Coolidge, un ferviente partidario del *laissez faire*, los bajos impuestos a los ricos y las lógicas del pulpo, las inversiones directas norteamericanas en América Latina pasaron de 1,26 billones en 1920 a 3,55 billones en 1928, una expansión del esquema asimétrico y dependiente alentado por sus predecesores, y señaladamente por Teddy Roosevelt, el hombre de los Rough Riders de la Colina de San Juan, allá en Santiago de Cuba. Durante su mandato continuaron las ocupaciones militares de Haití (1915-1934) y República Dominicana (1916-1924), aparte de intervenir en procesos políticos internos en Panamá y Nicaragua. En 1927 su administración ordenó algo sin precedentes en América Latina: el bombardeo de El Ocotal por parte de la aviación norteameri-



cana contra los efectivos de Augusto César Sandino. El presidente y su secretario de Estado, Frank B. Kellogg, hicieron una contribución al pensamiento político norteamericano de la que hoy casi nadie se acuerda, aunque tuvo réplicas posteriores: buscar las causas de la insurgencia regional no en factores endógenos, sino exógenos, en este caso en la “conspiración nicaragüense-mexicano-bolchevique” para tomar el control de un área muy cercana al Canal de Panamá. Cuentan algunos historiadores que la diplomacia de Stalin, que era como decir la temible Cheká, les respondió lo siguiente: “el gobierno soviético no tiene más interés en Nicaragua que el que tiene en las montañas de la luna”.²

Coolidge llegó en enero de 1928 a La Habana, sede de la Sexta Conferencia Internacional de Estados Americanos, en medio de un claro malestar por el gran garrote, al que de hecho dio continuidad. Dicho alto y claro, no vino a Cuba por sí misma, sino más bien a tratar de apaciguar la granja, tanto por sus propios palos como por los anteriores. Y lo hizo con Sandino en Las Segovias con su pequeño ejército loco, como lo llamara alguna vez Gregorio Selser. En otros términos, tocó la Isla casi al fin de su administración, según algunos para pavimentar el camino a la política del “buen vecino” de Franklin D. Roosevelt (1933-1945). En realidad, esto no es exacto. El hombre que sucedería a Coolidge en la

Casa Blanca, Herbert Hoover (1929-1933), fue quien acuñó la expresión “buen vecino” al emprender en 1929 una gira “de buena voluntad” por Centro y Suramérica en el *USS Maryland* a partir del nuevo consenso entre las élites dirigentes norteamericanas sobre las relaciones con América Latina y sus formas de dominación. No más marines. “Los latinoamericanos”, escribe un estudioso al otro lado del Estrecho, “tenían que entender entonces la diferencia entre ‘intervenir’ e ‘interponerse’”.³ Roosevelt y sus asesores solo se apropiaron del concepto y lo desarrollaron como el fundamento de su política hacia la región.

Viajó junto a su esposa y su séquito en el tren presidencial desde Washington DC hasta Key West, donde abordaron el *USS Texas*, que fondearía en el puerto habanero el 15 de enero. Primera y única vez que un presidente de los Estados Unidos ponía sus pies en la Isla. Escribe Amity Shlaes, una de sus más recientes biógrafas (2013): “miles de personas se encaramaron en el Castillo del Morro y en los techos de los edificios levantando sus cuellos para ver al *USS Texas* cuando entraba en la bahía”.⁴ Según varios cronistas, fue recibido con salvas de cañón y “con ese entusiasmo que nace en una intensa naturaleza latina”. El periódico *The New York Times* fue más allá al reportar la visita en un despacho del 16 de enero de 1928: “fue la más alegre y feliz bien-

venida que haya recibido alguien en esta verde isla del Caribe”.⁵ Nada raro, si bien se mira: los cubanos han sido siempre hospitalarios, noveleros y amantes de los espectáculos, históricos o de otra naturaleza. Y, sobre todo, gentes que quieren vivir/disfrutar el pedacito que les toca para llevárselo a sus tumbas: “a mí que me quiten lo bailao”. Y tan corteses como emocionales, al punto de que hoy son los únicos pasajeros que aplauden al piloto cuando el avión en que viajan de Miami aterriza en la pista de Rancho Boyeros.

En su discurso en La Habana, Coolidge pareció empezar con el pie derecho: “Hace treinta años”, dijo, “Cuba era una colonia extranjera desgarrada por la revolución y devastada por los enfrentamientos”, pero de inmediato tropezó con algo y se le corrió el foco: “Su gente es independiente, libre, próspera, pacífica, y disfruta de las ventajas del autogobierno”.⁶ Como pan comido. Como si no hubiera existido nunca un apéndice constitucional llamado Enmienda Platt, al que un poeta cubano aludió en su “Mensaje lírico civil”, y no hubieran intervenido militarmente con el noble propósito de contribuir, de una vez y por todas, al autogobierno que aquellos *motherfuckers* locales no acababan de parir, esa etiqueta de “infernal little Cuban republic”⁷ del primer Roosevelt que ahora, de pronto, el visitante rubio y de ojos azules echaba a un lado. Y cerró sus palabras con broche de oro: Cuba era “la demostración del progreso que estamos alcanzando en la región”, enunciado para nada extraño en un presidente conocido por ser hombre de pocas palabras y enemigo de los discursos largos, lo cual casi siempre termina dando pábulo a severos errores de omisión, por decir lo menos. De acuerdo con Peter Kornbluh, “el discurso de Coolidge estaba lleno de una retórica vacía y no proyectaba una verdadera ruptura con el pasado en términos de los malevolentes designios de los Estados Unidos en Cuba y el resto de la región”.⁸

Así han sido las percepciones imperiales, por desconocimiento, presunciones hegemónicas, diplomacia o conveniencia, sin mucho *touchdown*: cinco años más tarde, esos mismos cubanos independientes, libres, prósperos y pacíficos terminarían por derribar al anfitrión de la Sexta Conferencia, Gerardo Machado y Morales, para montarlo en un avión hacia Las Bahamas y convertirlo en uno de los dos presidentes cubanos enterrados en un cementerio de Miami. Después le tocaría el turno a Fulgencio Batista con la República Dominicana como destino. Siempre estuvieron al lado de las cartas seguras —pero equivocadas. Prácticamente hasta el último minuto y el último latido.

II

I´ll See You in C-U-B-A

*It used to be for a while
that the river flows right to my door.*

CARLY SIMON.

En 1919 el Congreso aprobó la Ley Volstead, una de las más erráticas y contraproducentes en la historia de los Estados Unidos, que penalizaba con multas o cárcel la producción, transporte, importación y venta de licores en todo el territorio nacional. El inicio de una era conocida como la Prohibición, que duraría hasta 1933. Cuentan que el presidente Franklin D. Roosevelt lo celebró con un Martini seco, su trago predilecto.

En 1920 el compositor Irving Berlin concebía y estrenaba la tonada “I´ll See You in C-U-B-A”, un *hit* que resonaría prácticamente durante toda la década, e incluso más allá. Su texto era un verdadero manifiesto, una incitación que contribuyó en no escasa medida a continuar modelando/alimentando desde la cultura popular lo que un estudioso llama “la construcción de una Cuba en función de las necesidades norteamericanas”, de nuevo por *default*. Con solo brincar el charco, aquí se podía empinar el codo hasta la saciedad:

No muy lejos de aquí/Hay una atmósfera muy viva/Este año todo el mundo va para allá/Y hay una razón./La estación empezó en julio pasado/Desde que los Estados Unidos se secaron/Todo el mundo va para allá/Y yo también estoy en mi camino/A Cuba, para ahí me voy/Cuba, ahí me quedaré/Cuba, donde el vino fluye/Y donde las Estelas de ojos oscuros/Encienden los Panetelas de sus parejas./Cuba, donde todo es feliz/Cuba, donde todo es alegre/¿Por qué no planificas/Un viaje maravilloso/A La Habana?/Date un brinquito en un barco/Y te veré en C-U-B-A.

Oye el consejo de un amigo:/Beber en un sótano no es agradable/Todo el que ha pagado el precio/Debe ser un cubano /¿Has estado buscando la “sonrisa”/Que no has tenido durante mucho tiempo?/Si la tienes, sígueme entonces, que te enseñaré el camino./Me estoy yendo para allá./¿Por qué no bebes como un cubano/En vez de esconderte en un sótano?/Desde la Prohibición, dime, mi socio, ¿has sido/Una personita muy asustada?/¿Por qué no lo bajas directo de la botella/En vez de una canequita de plata?/Tómame tu whisky, tu ron y tu ginebra/Donde la sequía no llega.

Los efectos de la Prohibición fueron inmediatos. Por una parte, el contrabando de alcoholes y melazas, que tendría en Canadá y el Caribe sus dos pivotes. Una oportunidad dorada que supo aprovechar la mafia al devenir la suministradora de un producto de gran demanda, ahora prohibido por las autoridades, pero consumido en los popularmente llamados *speakeasies*, es decir, en sótanos y “capillas ardientes” a los que se accedía con solo mencionar una palabra clave, según lo recrea una famosa comedia de Billy Wilder (1959) sobre los locos años 20. Cuba se convirtió en una de las piezas fundamentales en la distribución/comercialización de bebidas alcohólicas en los Estados Unidos —un caso de integración económica horizontal informal—, y en punto de operaciones de figuras del bajo mundo, quienes durante el período lograron fuertes dividendos para sus imperios y sentaron las bases para la alianza con miembros de las élites locales, una de las fuentes de corrupción durante la primera y la segunda repúblicas.

Por otra parte, el *boom* turístico norteamericano en Cuba pasó de 56 000 visitantes en 1920 a 90 000 en 1928, un incremento de 60,7%. Entre este último año y el siguiente se estima que los norteamericanos gastaron en la Isla unos 26 millones de dólares, cifra que caería a cinco millones en 1933-1934 como resultado de la Gran Depresión y de la rebelión contra la tiranía machadista.¹⁰ Además, la Prohibición movió hacia La Habana tanto a dueños de destilerías como de bares, y hasta *bartenders* que habían perdido sus

empleos en los Estados Unidos. Algunos desmontaron, literalmente, sus negocios en Chicago, Nueva York o Nueva Orleans para trasladarlos a La Habana, muchas veces incluso con el mismo nombre. De acuerdo con algunas fuentes, por entonces llegó a haber alrededor siete mil bares en la ciudad.¹¹

Se bebía prácticamente en cualquier parte, pero los norteamericanos lo hacían con preferencia en los sitios más céntricos y frecuentados por su turismo, sobre todo en el iluminadísimo Paseo del Prado y sus alrededores: los bares de los hoteles Inglaterra, Plaza, Sevilla Biltmore, y en las barras de El Floridita y el Sloop Joe’s, que nunca cerraba.¹² Y no precisa ni únicamente whiskey, sino también ron y coctelería cubana, entre la que despuntaban el Daiquirí, el Presidente y el Mary Pickford, combinaciones híbridas al cabo de los crecientes contactos entre ambas culturas desde la guerra Hispano-Cubano-Norteamericana, junto al Cuba Libre, a base de Coca-Cola, ron, hielo y limón. Y todos con Bacardí, la firma por entero nacional con cuyo ron se inventaron esos cuatro tragos, y que hizo su primer despegue al implementar estrategias y mecanismos de *marketing* absolutamente modernos utilizando vallas y propaganda gráfica —por ejemplo, un afiche *art deco* de Conrado W. Massaguer (1889-1965)— que llegaron a promover con bastante efectividad el consumo de licor dentro de la Isla y al otro lado del Estrecho. CUBA ES GRANDE, rezaba una leyenda al pie en uno de ellos. Y HAY UNA RAZÓN: BACARDÍ. Medio millón de



litros de ron producidos en 1924¹³, el mismo año en que empezaron a construir el edificio también *art deco* con su murciélago en lo más alto de la torre, ubicado en la Avenida de Bélgica entre Empedrado y San Juan de Dios, cerca del Palacio Presidencial, en aquella crecientemente glamorosa Habana.

Había, por otra parte, ciertas ventajas comparativas omitidas por el texto de Irving Berlín. Según un historiador norteamericano, “en Cuba los visitantes no eran molestados por vecinos entrometidos o autoridades moralizantes. Cuando los norteamericanos se emborrachaban a matarse, la policía miraba al otro lado. Si se requería algún tipo de intervención, la policía turística escoltaba al ofensor hasta su hotel, o quizás hasta la estación para ponerlo sobrio, pero casi nunca se le acusaba. Y no solo esa atmósfera de libertinaje hacía a Cuba tan popular. Había espacios para virtualmente cada tolerancia, de pistas de carreras a prostíbulos y fumaderos de opio. El escenario tropical era descuidado y seductor. Tanto las mujeres como los hombres hallaban a Cuba irresistible: la lujuriosa calidez y fragancia de sus noches, las brisas del mar, la luz, los cocteles exóticos, la música suave que parecía fluir de todas partes, la gracia, el baile sensual, los cuerpos fabulosos y la ropa elegante”.¹⁴

Una cultura, en suma, donde el puritanismo no funcionaba, a pesar de la penetración de iglesias protestantes históricas que había tenido lugar desde fines del siglo XIX y principios del XX. Tres de sus prohibiciones —la bebida, el hábito de fumar y el baile, como ocurría en el persistente credo del reverendo N. M. McCall, el jefe de la Convención Bautista del Sur en Cuba—, podían funcionar en todo caso para los nacionales dentro del *ghetto*, pero estaban condenadas a fracasar irremediablemente fuera de él.

En *Cuba for Christ* (1923) la misionera e historiadora Una Roberts Lawrence escribió, desde su imaginario cristiano, que en Cuba había “laxitud hacia todos los vicios. El juego prevalece donde quiera, entre ricos y pobres, jóvenes y viejos. La bebida, la inmoralidad y los vicios de toda clase crean una atmósfera bochornosa para la vida y el desarrollo espiritual. Ha habido una descomposición moral en la vida de las personas, lo cual se expresa en la falta de observancia del sábado”.¹⁵

Poco antes, otro misionero fue en cambio más crítico y agudo acerca del comportamiento de muchos de sus coterráneos en la Isla, que no venían a practicar precisamente los valores del Evangelio, sino algo bien distinto: “Miles de nuestros ciudadanos que van a Cuba nunca han experimentado las renovaciones de la gracia de Dios: las borracheras norteamericanas, la codicia norteamericana, la afición al juego de

los norteamericanos, la lujuria norteamericana, la profanidad y la impiedad norteamericanas, son un deshonor para los misioneros norteamericanos.

“Ciertamente muchos de ellos no solo han sido víctimas de los vicios españoles o cubanos, sino que han introducido inmoralidades ajenas a los criollos y por tanto respeto el postulado de que la civilización americana no curará los males del mundo, ni sanará sus penas, ni eliminará sus pecados”.¹⁶

Calvin Coolidge desembarcó en La Habana aquel 15 de enero de 1928 para llegar al Palacio Presidencial, con sus fastuosos interiores a cargo de la firma Tiffany’s y abierto ocho años antes por el presidente Mario García Menocal (1913-1921), graduado de ingeniería civil en Cornell University, ex mayor general del Ejército Libertador y conocido entre otras cosas por su sentido de modernidad, por su guerra contra todo lo oscuro, incluyendo los tambores, y por un sobrenombre asociado con el siglo XIX: El Mayoral.¹⁷

Gerardo Machado y Morales, a quien un joven poeta de pupila insomne ya había renombrado como el Asno con Garras, le tenía preparado un recibimiento oficial. Y tres pisos completos del Palacio para él y su esposa.

Un periódico local impreso en inglés lo había advertido: “No trate de consumirlo todo durante los primeros días. Recuerde que las destilerías cubanas trabajan día y noche”.

Pero era un viaje muy breve, y había que aprovecharlo.

III Silent Cal

Let your body go with the flow.

MADONNA

En Cuba Calvin Coolidge no dio entrevistas, solo habló públicamente en su discurso ante la Sexta Conferencia, pronunciado en el Teatro Nacional, en el suntuoso Paseo del Prado, frente al Parque Central. Allí también ocurrió otro hecho histórico que no muchos conocen: la primera alocución radial de un presidente fuera de los Estados Unidos, transmitida a toda la Unión por la National Broadcasting Corporation (NBC).

Sin embargo, el evento —escribe un historiador— “emigró de las secciones de noticias a las páginas sociales”, y de hecho se convirtió “en una celebración de los estilos de vida de los ricos y los famosos”.¹⁸ Las norteamericanas que asistieron al

teatro dieron fe, a su manera, de los efectos del proceso de modernización vivido en La Habana gracias a la inconstante magia del azúcar, lo que una obra del teatro Alhambra había bautizado como “La Danza de los Millones”, cuando en el mercado mundial la libra pasó de 1,9 centavos (1914) a 22,5 (1920). Según *The New York Times*, “los palcos, los balcones y la platea estaban ocupados por personas bien vestidas. Las mujeres norteamericanas dijeron que nunca habían visto --en Europa o en cualquier otra parte-- un evento con mujeres tan bien ataviadas. Alabaron a sus hermanas cubanas, presentes en gran número, por tener un marcado gusto en las modas, y subrayaron que los vestidos, en su mayor parte, eran las últimas creaciones de París”.¹⁹

Al otro día Machado le organizó un banquete en su finca de las afueras de La Habana; también asistiría a un partido de jai alai y visitaría un cañaveral. En el primer caso, todo un reto en el escenario de la Prohibición y los valores puritanos. El historiador Joseph R. Conlin contextualiza en qué consistía el dilema para el Presidente de los Estados Unidos: “Los periodistas norteamericanos [...] contuvieron la respiración. Si Coolidge aceptaba un trago, significaría una jugosa historia en primera plana. Si rechazaba al camarero con la clásica auto-rectitud de New England, sus colegas latinoamericanos lo tomarían como otro insulto del “Gran Hermano”.²⁰

De pronto, apareció en el salón un gastronómico cubano con “una gran bandeja de delicadas copas de cristal con daiquirís --ron, jugo de limón fresco y azúcar, todo bien batido-- poniendo a prueba a “Silent Cal”, así llamado por su proverbial parquedad con las palabras: “Cuando la bandeja se le aproximó a su izquierda, se viró astutamente a la derecha pretextando admirar un cuadro en la pared. La bandeja se le acercó más. El señor Coolidge hizo un giro de otros 90 grados, señalándole a Machado la belleza del verdor tropical. Para entonces ya había completado un giro de 360 grados, y la bandeja inculminatoria había pasado por detrás de él. Aparentemente, nunca la había visto. Su maniobra constituyó una pieza maestra de acción evasiva.”²¹

No hizo lo mismo, en cambio, con otra cosa. Narra Ciro Bianchi: “Se le vio muy complacido en el almuerzo que en su honor Machado ofreció en su finca “Nenita”, en la carretera que corre entre Santiago de las Vegas y Managua. El visitante alteró toda la disposición del menú y comió en abundancia frutas cubanas, que lo deleitaron. La esposa de [Orestes] Ferrara, sentada a su izquierda y sirviéndole de traductora, se dio cuenta de su curiosidad y lo invitó a empezar por la fruta, con el permiso de Elvira, la esposa de Machado. El inmenso frutero fue

vaciándose poco a poco, ya que Machado y los demás invitados imitaron a Coolidge. El jefe de comedor y los camareros, portando toda la clase de platos exquisitos, no sabían qué hacer; solo pudo organizarse la comida cuando empezaron a ser servidos los extremos de la mesa, para llegar luego, lentamente, hasta el personaje del centro. Machado le obsequió una columna confeccionada con metales que fueron parte del monumento al *Maine*, destruido por el ciclón del 20 de octubre de 1926”.²²

El incidente del camarero y la bandeja se ha repetido hasta el cansancio por la prensa, tanto dentro como fuera de los Estados Unidos, a propósito de la visita a Cuba del presidente Barack Obama. Pero el problema es que esta historia más bien amable y coherente con el puritanismo del hombrecillo silencioso deja en la oscuridad otra muy distinta, en parte porque es mucho más cómodo repetir que hurgar, aunque toda regla tiene su excepción. Una de ellas, un artículo de Glenn Garvin en *The Miami Herald*, reproducido después en español por *El Nuevo Herald*. Garvin hizo lo que ninguno: seguirle la pista a profundidad a un texto del periodista Beverly Smith Jr., quien había cubierto el viaje de Coolidge para el *Saturday Evening Post* en 1928 y confesado treinta años después: “Un grupo considerable de nosotros fue a ver las atracciones locales. No todas eran de un elevado nivel cultural”.²³ También acudió a otras fuentes documentales, incluyendo esa vieja *memorable* sobre Cuba que a veces se guarda en las cajas de algunas bibliotecas norteamericanas. A partir de sus hallazgos, el periodista/ investigador relata: “La celebración comenzó cuando el tren presidencial, procedente de Washington DC, llegó a la Florida y todos descubrieron que mientras el resto de los Estados Unidos estaba maniatado por la Prohibición, Key West era, bueno, Key West.

“Sus bares ni siquiera eran los lugares clandestinos conocidos como *speakeasies*, que requerían un toque secreto o una contraseña, sino de puertas abiertas. El tren llegó a las 10 p.m., y a las 6 a.m. reporteros y funcionarios del gobierno todavía estaban llegando rezagados de Duval Street a sus coches-camas. Los cantos de los borrachos se convirtieron momentáneamente en repentinos gritos de terror cuando se metían debajo de sus sábanas y descubrían que quienes habían llegado antes les habían puesto pasteles de limón en la cama, un acto de terrorismo amistoso. Al menos un reportero estaba tan completamente borracho que se cayó al mar mientras subía a su barco a la mañana siguiente”.²⁴

Ya en La Habana, durante el acto de bienvenida aparecieron varias ninfas de un barrio no muy lejano al Palacio, tan bien vestidas como las que

asistirían al Teatro Nacional. Coolidge “empezó a devolverles el saludo, particularmente a un grupo de siete u ocho muchachas vestidas elegantemente y muy maquilladas y a su chaperona, que agitaba una bandera. Al instante, todos menos el Presidente las habían reconocido como las representantes profesionales de un prostíbulo cercano. Cuando el asustado Coolidge se dio cuenta de quiénes eran, se recogió en su asiento, pero pronto tuvo que llamar a un asistente para que se sentara a su lado y lo protegiera de las rosas que le tiraba la multitud”.²⁵

El fin de la actividad oficial, casi a la puesta del sol, “dejó libres a los reporteros para practicar el periodismo de investigación en los bares de La Habana. Entre sus descubrimientos estuvo que los esbirros de Machado habían advertido a los dueños que quitaran los retratos de Coolidge, por respeto al delicado tema de la Prohibición, aunque se les permitió dejar en la pared los afiches del piloto Charles Lindbergh, quien se había sumado al viaje.

“Algunos de los artículos que aparecieron en periódicos norteamericanos a la mañana siguiente parecen dejar claro que muchos de los reporteros estaban algo bebidos incluso antes de presentar sus historias en la tarde [...]. A la caída de la tarde, se les unieron funcionarios norteamericanos que viajaban con el Presidente, encantados con la oportunidad de beber legal y abiertamente por primera vez desde que entrara en vigor la Prohibición [...]. A medida que el consumo de alcohol fue alcanzando proporciones pantagruélicas, altos oficiales de la policía habanera acudieron con instrucciones de asegurarse de que los gringos se sintieran bienvenidos”.²⁶

Y continúa: “Para colmo, varios miembros del grupo empezaron a regar la voz por los bares de mala muerte de que un reportero de New England que se parecía mucho a Coolidge era en realidad el Presidente, lo cual inspiraba la admiración y numerosas ofertas de comprarle tragos por parte de los cubanos. “Sospecho que todavía hay algunos habaneros viejos” —escribió Smith en 1959 (sic)— “que creen que fuera de su horario de oficina Cal era un alegre bebedor”.²⁷

Al final: “Veinticuatro horas más tarde, luego de que Coolidge pronunciara su discurso, visitó la finca de Machado al sur de La Habana y vio un juego de jai alai, fue la hora de regresar a los barcos. Entristecida al principio por el regreso a la Prohibición, la comitiva presidencial recibió la buena noticia de que nadie, ni siquiera los reporteros, tendrían que pasar por la aduana estadounidense en Key West. “Atraídos por el olor de esa tentación alcohólica desbocada, los fabricantes locales de licor se plantaron en el ves-

tíbulo del hotel en La Habana. Casi todo el mundo compró botellas de ron de medio galón. Algunos llegaron a comprar maletas adicionales para llenarlas de bebida; los reporteros cuyas cuentas de gastos eran pequeñas se deshicieron de su ropa para abrirle espacio al ron. Todo eso fue subido a bordo por marines que les guiñaban el ojo con complicidad, lo cual llevó a muchos a preguntarse quién habría aprobado la gigantesca operación de contrabando. “¿Habría sido, increíblemente, el mismo Calvin, en un arranque del humor caprichoso que algunos suponían se ocultaba tras su cara de avinagrado de Vermont?”, se preguntó el reportero Smith”.²⁸

El viaje fue todo un éxito diplomático para los Estados Unidos. El ex secretario de Estado Charles Evans Hughes logró aplacar una resolución, promovida por la Argentina de Don Hipólito Irygoyen, condenando la intromisión imperial en los asuntos internos de las repúblicas latinoamericanas. Hughes se quebró de puro sutil: “Yo no diría intervenir, sino interponerse de manera temporal para proteger las vidas e intereses de sus ciudadanos”. Gerardo Machado se colocó, desde luego, en el lado políticamente correcto: “La Doctrina Monroe es, y debe seguir siendo, la política de defensa común para la integridad territorial de América”. Un joven llamado Julio Antonio Mella ya lo había sentenciado: “La VI Conferencia Panamericana es una emboscada contra los pueblos de América Latina”.²⁹

“Silent Cal” regresó a su país complacido con la experiencia y con todo lo que le enseñaron, incluyendo, por supuesto, el Teatro Nacional, las frutas tropicales y la chatarra del *Maine*: “No se me ocurre decir nada nuevo sobre la Conferencia Panamericana, ya todo se ha dicho. Naturalmente, nuestro gobierno está encantado con mi recepción en La Habana. Una de las más placenteras oportunidades que se me ofreció allá fue viajar a la finca del Presidente, lo cual me dio la ocasión de recorrer un buen número de millas por el territorio cubano, donde pude observar a la gente y ver algo del progreso que están consiguiendo”.³⁰

La historia refiere que llegó a Key West a bordo del crucero *USS Memphis*, mareado por el viaje. En la Oficina Oval se enteró de que el Ayuntamiento de La Habana había votado para renombrar a la calle 17, en El Vedado, como Presidente Calvin Coolidge. “La calle 17”, testimonió en 1925 Alejo Carpentier, “es una de las que más admiran los extranjeros que vienen a disfrutar de las delicias de nuestros inviernos templados, por la galería de residencias suntuosas que presenta”.³¹

Hoy, como ayer, los cubanos la seguimos llamando por su número.

Notas:

1 Para una discusión al respecto, véase Louis A. Pérez Jr.: *Cuba in the American Imagination, Metaphor and Imperial Ethos*, The University of Carolina Press, Chapel Hill, 2008; también Alfredo Prieto: *El otro en el espejo*, Ediciones UNIÓN, La Habana, 2005.

2 George Black: *The Good Neighbor. How the United States Wrote the History of Central America and the Caribbean*, Pantheon Books, Nueva York, 1988, p. 42.

3 *Ibidem*, p. 54.

4 Amity Shlaes: *Coolidge*, HarperCollins, Nueva York, 2013, p. 406.

5 Julie Hirschfeld Davis: “Like the Last President to Visit Cuba, Obama Seeks a Change”, *The New York Times*, 21 de febrero de 2016.

6 Calvin Coolidge: “Adress before the Pan American Conference at Havana, Cuba”, www.presidency.ucsb.edu/ws/?pid=43

7 Lars Schoultz: *That Infernal Little Republic. The United States and the Cuban Revolution*, The University of North Carolina Press, Chapel Hill, 2009.

8 Cit. por Julie Hirschfeld Davis: *ob. cit.*

9 Louis A. Pérez Jr.: *On Becoming Cuban. Identity, Nationality and Culture*, The University of Carolina Press, Chapel Hill & Londres, 1999.

10 *Ibidem*, p. 169.

11 *Ibidem*.

12 Véase al respecto el excelente estudio de Jorge Núñez Vega: *La Danza de los Millones. Cambio cultural y modernización en La Habana (1915-1920)*, Imagen Contemporánea, La Habana, 2015.

13 Tom Gjelten: *Bacardi. The Long Fight for Cuba*, Penguin Books, Londres, 2008, p. III.

14 *Ibidem*, pp. 109-110.

15 Una Roberts Lawrence: *Cuba for Christ*, Arkansas Woman's Missionary Union, Little Rock, 1923, p. 149.

16 Cit. por Adolfo Ham: “La herencia misionera protestante cubana vista desde la perspectiva ecuménica”, en

Rafael Cepeda, ed.: *La herencia misionera en Cuba*, Colección Testimonios, Departamento Ecuménico de Investigaciones (DEI), San José de Costa Rica, 1986, p. 54.

17 Escribe Ned Sublette: “En 1913 el presidente conservador Mario García Menocal superó a sus predecesores declarándole la guerra a las culturas africanas. Las casas-templos fueron asaltadas; los tambores sagrados, quemados”. *Cuba and its Music. From the First Drum to the Mambo*, Chicago Review Press, 2004, p. 319.

18 George Black: *ob. cit.*, p. 50.

19 *Ibidem*.

20 Joseph R. Conlin: *The American Past. A Survey of American History since 1865*, Wadsworth Publishing, 2013, p. 658.

21 Beverly Smith, Jr.: “To Cuba with Cal”, *Saturday Evening Post*, 1 de febrero de 1958.

22 Ciro Bianchi Ross: “Un presidente norteamericano en Cuba”, *Juventud Rebelde*, La Habana, 27 de febrero de 2016.

23 Beverly Smith, Jr.: *ob. cit.*

24 Glenn Garvin: “President Obama: “When in Cuba Don't Do What Coolidge Did”, *The Miami Herald*, 26 de febrero de 2016. Publicado en español por *El Nuevo Herald* el 28 de febrero.

25 *Ibidem*.

26 *Ibidem*.

27 *Ibidem*.

28 *Ibidem*.

29 Julio Antonio Mella: “La Conferencia Panamericana es una emboscada contra los pueblos de América Latina”, *Mella. Documentos y artículos*, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 1975, pp. 345-349. Una enjundiosa discusión al respecto en Fernando Martínez Heredia: “La visita anterior”, *CubaDebate*, La Habana, 8 de marzo de 2016.

30 Glenn Garvin: *ob. cit.*

31 Alejo Carpentier: “La Habana moderna”, W. Fernández y E. Roig: *El libro de Cuba*, La Habana, 1925. Cit. por Jorge Núñez Vega: *ob. cit.*, p.

